

Conseguir una expresión oral correcta y una expresión escrita clara y sencilla, no escolarizada (1), son, en definitiva, los objetos a conseguir en la enseñanza del idioma. Y a la consecución de estos objetivos deben subordinarse, a nuestro entender, todos los factores de la Lengua, conjugándolos todos en la enseñanza, aunque reconociendo la primacía de unos sobre otros, para cultivar de una manera especial aquellos que de una forma más directa se encuentran ligados con las directrices que nos hemos propuesto.

Y en este sentido podría ser muy interesante una revisión para encontrar un nuevo planteamiento a nuestra Didáctica del Lenguaje, porque, si bien es cierto que existió una época en que no estaba lo suficientemente desarrollada y estudiada, hoy los horizontes son más amplios y contamos con trabajos experimentales que sería conveniente conocer y aplicar, ya que han sido objeto de investigaciones científicas (2).

El objeto de este artículo va dirigido de una manera especial a la enseñanza y cultivo de la expresión oral, por reconocer precisamente —aparte las ventajas que pueda presentar y que luego veremos en el orden puramente educativo— que se trata de un factor del lenguaje que, al mismo tiempo, está reconocido como uno de los fines en la enseñanza del idioma: expresarse con la palabra adecuada y correcta en cada caso.

Las formas en que puede presentarse la expresión oral en la escuela son numerosas, y dependerá de la habilidad de cada maestro o profesor para explotar las más adecuadas al medio en que se desenvuelve. La más sencilla es, sin duda, hacer una serie de preguntas al alumno sobre lo que acaba de leer, y, muy corriente también, invitarle a que nos haga un resumen. Como normalmente los chicos que habrán leído en el tiempo dedicado a la lectura serán varios, podemos hacer que resuma cada uno el trozo que acaba de leer. Es interesante esta experiencia, porque nos dará a conocer la capacidad memorística del alumno para retener lo que lee; sin embargo, a nuestro modo de ver y por lo que nos dice la experiencia, es más interesante mandar que un chico resuma el capítulo entero, obligándole a expresar solamente las ideas fundamentales del argumento. El chico está acostumbrado normalmente y porque le resulta más fácil, ya que carece de la capacidad de síntesis, a repetir las mismas palabras del texto, sobre todo en los diálogos, y es importante conseguir que rompa esta

(1) Entendemos aquí por no escolarizados ese tipo de ejercicios totalmente libres y espontáneos, nacidos de las exigencias, preferencias y aficiones de nuestros alumnos. Que no están sujetos a reglas (salvo las que son de un carácter específicamente técnico, v. gr.: cómo debe hacerse un diálogo). Que den cauce a la personalidad de los alumnos. Todo lo opuesto a lo que puedan ser ejercicios seriados.

(2) Los trabajos del profesor García Hoz sobre vocabulario, y los de Villarejo y María Nieves García Hoz, sobre la enseñanza de la ortografía. Estos últimos tienen la gran ventaja de lo que puede significar la sistematización de estas disciplinas en la enseñanza.

La didáctica de la expresión oral y algunas de sus consecuencias educativas

Por MIGUEL ARTIGOT RAMOS

Licenciado en Pedagogía

Las Arenas (Vizcaya)

estructura, forzándole, como se ha dicho, a que nos cuente las ideas esenciales, porque de esta manera se ve obligado a abandonar las palabras del texto y a expresarse más a su manera, lo que nos permite corregir las expresiones incorrectas. Incluso es interesante —los chicos lo hacen con gusto— enfrentar a la clase, dándole un carácter competitivo, para ver qué alumno es capaz de resumir todo el argumento mismos alumnos son jueces excelentes cuando aquel que hizo el resumen olvidó alguna idea importante. Hay que advertir, para que los chicos no pronuncien con excesiva rapidez, que no se trata tanto de hablar deprisa como de saber seleccionar las ideas fundamentales.

Otra forma también útil de practicar la expresión oral consiste en invitar al alumno para que nos cuente algunas de las películas que ha visto. Como normalmente el relato completo se alargaría demasiado, pueden realizarlo entre varios alumnos. Es ésta una faceta que agrada de verdad a los chicos.

Que nos cuenten una historia conocida, un cuento, etc., puede resultar también interesante. Y nosotros hemos mandado en ocasiones, a la altura de diez y once años, que narren una historia que se ven obligados a inventar sobre la marcha, e incluso sobre un tema propuesto, de la misma forma que se hace con un ejercicio de redacción. Es suficiente con situarles: «Imagina las aventuras de un hombre valiente en un castillo.» Lógicamente, si los chicos están acostumbrados a leer con frecuencia fuera de la clase, porque hemos despertado el gusto por la lectura, encontrarán mayores facilidades. El tiempo de actuación con este tipo de temas debe ser, lógicamente, más corto, aunque debemos reconocer que nos hemos encontrado con alumnos de una imaginación tan rica que habrían sido capaces de mantener a sus

cuando ellos mismos son los protagonistas. No hemos podido menos de sorprendernos cuando, después del resultado realizado en clase por uno de los alumnos, alguno de sus compañeros puntualizaba: «Ha repetido tal palabra tantas veces.» Es necesario, para que estas situaciones se produzcan en clase, crear de antemano una conciencia en este sentido.

Interesa destacar de forma especial un hecho, porque sus consecuencias son puramente educativas: el valor que tiene «enfrentar» a un alumno con el resto de la clase, y la importancia de ser oído y escuchado. Es importante hacer salir al alumno a la tarima del profesor y que mire al resto de sus compañeros; que hable para ellos; que levante el tono de voz, si es preciso, para que los alumnos sentados en las últimas mesas puedan escucharle con perfección. No somos partidarios de invitar al chico a que realice la expresión oral desde el lugar que ocupa en la clase. La situación cambia considerablemente cuando sale fuera, a la tarima; en su mesa, se encuentra como más defendido, y es importante, como se ha dicho antes, que se enfrente a los demás. Veremos en ese enfrentamiento si tiene una fluidez verbal brillante; apreciamos en el diálogo, por ejemplo, al chico que se beneficia de la conversación de un compañero porque le proporciona inspiración; veremos al que se anula; nos daremos cuenta de la mayor o menor riqueza de vocabulario que poseen nuestros alumnos.

Notaremos sus deficiencias, podremos contemplar al tímido; y es aquí, precisamente en el vencimiento de la timidez, donde la expresión oral presenta consecuencias de incalculable valor. La timidez es un problema con importancia suficiente como para dedicarle especial cuidado. Hay chicos que no quieren actuar, que se apuran ante la posibilidad de salir a la tarima del profesor, apuros que se notan en sus mismos gestos nerviosos. Hay que tener cuidado con el alumno tímido, pero tenemos la obligación de ayudarle a vencer su timidez. Puede empezar, incluso, contando un chiste sencillo a sus compañeros, un relato corto; más adelante, cantando una canción breve; luego, irá ganando terreno, afianzándose; lo notaremos perfectamente. Se adueñará de la situación.

Cierto que solamente con la ayuda de la expresión oral no resolveremos el problema de la timidez de nuestros alumnos, pero repito que en este sentido la expresión oral presenta una serie de posibilidades de incalculables consecuencias. Por otra parte, si ayudamos a nuestros alumnos tímidos a vencer su timidez y a todos a poseer una expresión oral más rica y una mayor fluidez verbal, habremos conseguido también una integración más perfecta en nuestra clase y en el grupo en que nuestros alumnos se desenvuelven, es decir, tendremos garantizada en buena medida la sociabilidad de los alumnos, tan importante en su futuro inmediato.

Interesa destacar el deseo por parte de los alumnos de hacer los exámenes de expresión oral pidiéndolos con insistencia.